

# GOBSECK

---

AL SEÑOR BARÓN BARCHOU DE PENHOEN

De todos los discípulos de Vendome, creo yo que somos nosotros los únicos que se han encontrado en la carrera de las letras, nosotros que cultivábamos ya la filosofía en una edad en que sólo debíamos cultivar el *De viris!* He aquí la obra que yo hacía cuando volvimos á vernos, y mientras tú hacías tus hermosos estudios sobre la filosofía alemana. Ni uno ni otro hemos errado nuestras vocaciones. No dudo que al ver aquí tu nombre experimentarás tanto placer como ha tenido en escribirlo

Tu antiguo compañero de colegio,

DE BALZAC.

1840.

---

A la una de la madrugada, durante el invierno de 1829 á 1830, se hallaban aún en el salón de la vizcondesa de Grandlieu dos personas extrañas á la casa. Un hombre joven y guapo salió al oír sonar la una en el reloj. Cuando el ruido del coche resonó en el patio, la vizcondesa, no viendo más que á su hermano y á un amigo de la familia, que acababan la partida de juego, se dirigió hacia su hija, que, de pie delante de la chimenea del salón, fingía examinar una pantalla de litofanía y escuchaba el ruido del cabriolé de un modo que justificaba los temores de su madre.

—Camila, si continúa usted observando con el conde de Restaud la conducta que ha observado esta noche— le dijo, —me obligará usted á que no le reciba más. Escuche usted, hija mía: si tiene confianza en mi ternura, déjeme que la guíe en la vida. A los diez y siete años no puede una juzgar ni el porvenir, ni el pasado, ni ciertas consideraciones so-

ciales. No le haré á usted más que una sola observación. El señor de Restaud tiene una madre que se comería muchos millones, una mujer mal nacida, una tal señorita Goriot, que en otro tiempo ha dado mucho que hablar. Se ha portado tan mal con su padre, que no merece tener un hijo tan bueno. El joven conde la adora y la ampara con una piedad filial digna de los mayores elogios; se cuida, sobre todo, extremadamente de su hermano y de su hermana. Por admirable que sea esta conducta—añadió la vizcondesa intencionadamente,—mientras su madre exista, todas las familias temblarían, si hubiesen de confiar á ese bueno de Restaud el porvenir y la fortuna de una joven.

—He oído ciertas palabras que me dan ganas de intervenir entre usted y la señorita de Grandlieu—exclamó el amigo de la casa.—He ganado, señor conde—dijo dirigiéndose á su adversario.—Le dejo á usted para ir en ayuda de su sobrina.

—¡Eso sí que es tener oídos de procurador!—exclamó la vizcondesa.—Señor Derville, ¿cómo ha podido usted oír lo que yo decía en voz tan baja á Camila?

—He comprendido las miradas de usted—respondió Derville sentándose en una poltrona del rincón de la chimenea. El tío se colocó al lado de su sobrina, y la señora de Grandlieu se sentó en un sillón, entre Derville y su hija.

—Ya es tiempo, señora vizcondesa, de que le cuente á usted una historia que le hará modificar el juicio que se ha formado sobre la fortuna del conde de Restaud.

—¿Una historia?—exclamó Camila.—Empiece usted, pues, pronto, señor.

Derville dirigió á la señora de Grandlieu una mirada que le hizo comprender que la narración debía interesarle. La vizcondesa de Grandlieu era, por su fortuna y por lo antiquísimo de su nombre, una de las mujeres más notables del arrabal Saint-Germain; y si no parece natural que un procurador de París pudiese hablarle tan familiarmente y que se condujese en su casa de una manera tan caballeresca, es muy fácil, sin embargo, explicar este fenómeno. La señora de Grandlieu, entrada en Francia con la familia real, fué á vivir á París, en donde no vivió, al principio, más que de los socorros concedidos por Luis XVIII de los fondos de la lista civil, situación insoportable. El procurador tuvo ocasión de descubrir algunos vicios de forma en la venta que la Repú-

blica había hecho en otro tiempo del palacio de Grandlieu, y pretendía que debía ser restituído á la vizcondesa. Empezó este proceso pretextando que implicaba un delito, y lo ganó. Animado con este éxito, armó tal enredo á no sé qué hospicio, que obtuvo la restitución del bosque de Liceney. Después recobró aún algunas acciones del canal de Orleans y ciertos inmuebles, bastante importantes, con que el emperador había dotado á algunos establecimientos públicos. La fortuna de la señora de Grandlieu, restablecida de este modo gracias á la habilidad del joven procurador, ascendió á una renta de unos sesenta mil francos, cuando se dictó la ley de las indemnizaciones, que le hizo rescatar sumas enormes. Hombre muy probo, sabio, modesto y de agradable conversación, este procurador fué entonces el amigo de la familia. Aunque la conducta que había observado con la señora de Grandlieu le había valido la estimación y la clientela de las mejores casas del arrabal Saint-Germain, no se aprovechaba de este favor, como hubiera podido aprovecharse un hombre ambicioso, y se resistía á las ofertas de la vizcondesa, que quería que vendiese su empleo, para meterlo en la magistratura, carrera en donde, con su protección, hubiese obtenido los más rápidos ascensos. A excepción del palacio de Grandlieu, donde pasaba algunas veces la velada, no iba á los salones más que para mantener sus relaciones. Por fortuna, su talento fué reconocido por todo el mundo, á causa de su abnegación por la señora de Grandlieu, sin lo cual hubiese corrido el riesgo de dejar perecer su estudio. Derville no tenía alma de procurador. Desde que el conde de Restaud se hubo introducido en casa de la vizcondesa, y desde que Derville descubrió la simpatía que sentía Camila por aquél, se había vuelto tan asiduo á la casa de la señora de Grandlieu como podía serlo un petimetre de la Chaussée-d'Antin recientemente admitido en los círculos del noble arrabal. Algunos días antes se había encontrado en un baile cerca de Camila, y le había dicho, mostrándole al joven conde:

—¡Qué lástima que ese muchacho no tenga dos ó tres millones! ¿verdad?

—¿Es eso acaso una desgracia? Para mí no—le había respondido ella.—El señor de Restaud tiene mucho talento, es instruído y bien visto del ministro, cerca del cual ha sido colocado. No dudo que será un hombre muy notable. *Ese*

*muchacho*, el día que esté en el poder, encontrará tanta fortuna como quiera.

—Sí, pero si fuese ya rico...

—Si fuese rico...—dijo Camila enrojando,—todas las jóvenes que están aquí se lo disputarían—añadió mostrando las parejas.

—Y entonces—había respondido el procurador,—la señora de Grandlieu no sería ya la única hacia la cual él tornase los ojos. ¡Por eso enrojece usted! Le gusta á usted, ¿verdad? Vamos, dígamelo...

Camila se levantó bruscamente.

—Le ama—había pensado Derville.

Desde este día, Camila tuvo para el abogado atenciones desusadas, al ver que aprobaba su inclinación hacia el joven conde de Restaud. Hasta entonces, aunque no ignoraba las obligaciones de su familia hacia el señor Derville, había tenido con él más miramientos que amistad verdadera, más cortesía que capricho; sus modales, lo mismo que el tono de su voz, le habían hecho sentir siempre la distancia que la etiqueta ponía entre ellos. El agradecimiento es una deuda que los niños no aceptan siempre en el inventario.

—Esta aventura—dijo Derville después de una pausa—me recuerda las únicas circunstancias novelescas de mi vida. ¡Se rien ustedes ya—repuso—al oír que un procurador habla de una novela de su vida! Pero yo he tenido veinticinco años, como todo el mundo, y á esa edad había visto ya cosas muy raras. Debo empezar por hablarles de un personaje que no pueden conocer ustedes. Se trata de un usurero. ¿Verán ustedes bien esta figura pálida y amarillenta, á la cual quisiera que me permitiera la Academia darle el nombre de fase lunar? Los cabellos de mi usurero eran lisos, cuidadosamente peinados y de un gris ceniciento. Los rasgos de su rostro, impasible como el de Talleyrand, parecían haber sido vaciados en bronce. Sus ojos, amarillos como los de una garduña, estaban desprovistos de pestañas y temían la luz; pero la visera de una vieja gorra los defendía de ella. Su puntiaguda nariz estaba tan agujereada por las viruelas, en la punta, que la hubiesen comparado ustedes á una barrena. Tenía los labios delgados de esos alquimistas y de esos ancianitos pintados por Rembrant y por Metzú. Hablaba muy quedo, con un tono dulce, y no se encolerizaba nunca. Su edad era un problema: no se podía saber si había

envejecido antes de tiempo, ó si había sabido conservar su juventud á fin de que le sirviera siempre. Todo era limpio y usado en aquella habitación, parecida, desde el paño verde del despacho hasta las colgaduras de la cama, al frío santuario de esas viejas solteronas que se pasan el día frotando sus muebles. En invierno, los tizones de su fogón, enterrados siempre en un montón de ceniza, echaban humo sin hacer llama. Sus actos, desde que se levantaba hasta que se acostaba, estaban sometidos á la regularidad de un reloj. Era en cierto modo un *hombre máquina*, que el sueño reponía. Si ustedes tocan á una cochinilla cuando camina sobre un papel, se detiene y se hace la muerta; del mismo modo, este personaje se interrumpía en medio de su discurso y permanecía callado cuando pasaba algún coche, á fin de no forzar la voz. A imitación de Fontenelle, economizaba el movimiento vital, y concentraba todos los sentimientos humanos en el yo. De este modo, su vida transcurría sin hacer más ruido que la arena de un reloj antiguo. Algunas veces, sus víctimas gritaban mucho, se encolerizaban; después sucedía un gran silencio, como en una cocina cuando degüellan á un pato. Por la noche, el *hombre letra* se transformaba en hombre ordinario, y sus metales se metamorfoseaban en corazón humano. Si estaba satisfecho de la jornada, se frotaba las manos, dejando escapar, de las hendidas arrugas de su cara, un resplandor de alegría, pues es imposible expresar de otro modo el juego mudo de sus músculos, en donde se pintaba una sensación comparable al reír insubstancial del *Bas-de-Cuir*. Finalmente, en sus mayores accesos de alegría, su conversación permanecía monosilábica y su aspecto era siempre negativo. Tal es el vecino que me deparó la casualidad en la casa que yo habitaba en la calle de Gres, cuando yo no era aún más que segundo pasante y cuando estaba terminando mi tercer año de derecho. Esta casa, que no tiene patio, es húmeda y sombría. Las habitaciones no reciben más luz que la de la calle. La distribución claustral que divide el edificio en habitaciones de igual tamaño, no dejándoles más salida que un largo pasillo alumbrado por claraboyas, anuncia que la casa ha formado parte de un convento en otro tiempo. Ante este triste aspecto, la alegría de un hijo de familia expiraba antes de que entrase en la casa de mi vecino: su casa y él se parecían. Hubieseis dicho que eran la ostra y su concha. El único ser con quien se

comunicaba, socialmente hablando, era conmigo; venía á pedirme fuego, me prestaba un libro, un periódico, y me permitía que entrase por la noche en su celda, en donde charlábamos cuando estaba de buen humor. Estas pruebas de confianza eran el fruto de una vecindad de cuatro años y de mi arreglada conducta, que, por falta de dinero, se parecía mucho á la suya. ¿Tenía parientes, amigos? ¿era rico ó pobre? Nadie hubiese podido responder á estas preguntas. Nunca veía dinero en su casa. Su fortuna estaba, sin duda, en los sótanos del Banco. Recibía él mismo las letras, corriendo por París con unas piernas ágiles y secas como las del ciervo. Por otra parte, era mártir de su prudencia. Un día, por casualidad, traía monedas de oro; un doble napoleón le cayó de la faltriquera sin apercibirse de ello, y un inquilino que subía detrás de él recogió la moneda y se la presentó.

»—Eso no me pertenece—respondió con un gesto de sorpresa.—¿Tener yo oro! ¿Viviría como vivo, si fuese rico?

»Por la mañana preparaba él mismo su café en un calentador de hierro fundido, que estaba siempre en el negro rincón de la chimenea; la comida se la mandaba un hostelero. Nuestra vieja portera subía todos los días á su casa, á una hora fija, para limpiar la habitación. Finalmente, por una singularidad que Sterne llamaría predestinación, este hombre se llamaba Gobseck. Cuando más tarde arreglé sus asuntos, supe que en el momento en que nos conocimos tenía unos setenta y seis años. Nació hacia el año 1740, en los arrabales de Anvers, siendo hijo de una judía y de un holandés, y se llamaba Juan Esther Van Gobseck. ¿Saben ustedes lo que se ocupó la prensa del asesinato de una mujer llamada *la bella holandesa*? Cuando le hablé de él, por casualidad, á mi antiguo vecino, me dijo, sin expresar el menor interés ni la más ligera sorpresa:

»—Era sobrina segunda mía.

»Esta palabra fué todo lo que le arrancó la muerte de su sola y única heredera, la nieta de su hermana. Por las sesiones judiciales supe que la bella holandesa se llamaba, en efecto, Sara Van Gobseck. Cuando le pregunté por qué singularidad llevaba su nombre, me respondió sonriendo:

»—Nunca se han casado las mujeres en nuestra familia.

»Este hombre singular no había querido ver nunca ni á una sola persona de las cuatro generaciones hembras donde se encontraban sus parientes. Odiaba á sus herederos y no

concebía que su fortuna pudiese ser poseída jamás por otros que él, aun después de su muerte. Su madre lo había embarcado á la edad de diez años, en calidad de grumete, para las posesiones holandesas en las grandes Indias, en donde rodó por espacio de veinte años. Por eso, las arrugas de su frente amarillenta guardaban los secretos de sucesos horribles, de terrores repentinos, de muertes inesperadas, de travesías novelescas, de goces infinitos; el hambre soportada, el amor menospreciado, la fortuna comprometida, perdida, vuelta á encontrar, la vida infinidad de veces en peligro y acaso salvada por determinaciones cuya rápida urgencia excusa la crueldad. Conoció al señor de Lally, al almirante Simeuse, al señor de Kergarouët, al señor de Estaing, al baile de Suffrén, al señor de Portenduère, á lord Cornwallis, á lord Hastings, al padre de Tippto Saeb y al mismo Tippto Saeb. Este saboyano, que sirvió á Madhadji-Sindiah, el rey de Delhy, y que contribuyó tanto á la fundación del poder de los Mahrattes, había tenido negocios con él. Tuvo relaciones con Victor Hughes y con varios corsarios célebres, pues había habitado mucho tiempo en Santo Tomás. Lo había tentado todo tan bien para hacer fortuna, que trató de descubrir el oro de esa tribu de salvajes tan célebres de los alrededores de Buenos Aires. Finalmente, había tomado parte en todos los acontecimientos de la guerra de la independencia americana. Pero cuando hablaba de las Indias ó de América, lo cual no le sucedía con nadie, y muy raramente conmigo, se le figuraba que cometía una indiscreción, y parecía arrepentirse de ello. Si la humanidad, si la sociabilidad son una religión, él podía ser considerado como un ateo. Aunque me propuse examinarlo, debo confesar, para vergüenza mía, que su corazón permaneció impenetrable hasta el último momento. Me he preguntado varias veces á qué sexo pertenecía. Si todos los usureros se pareciesen á ese, creo que serían del género neutro. ¿Había permanecido fiel á la religión de su madre, y miraba á los cristianos como presa suya? ¿era católico, mahometano, brahman, ó luterano? Nunca he sabido qué opiniones religiosas tenía. Me parecía que era más bien indiferente que incrédulo. Una noche entré en casa de este hombre, á quien sus víctimas, que él decía sus clientes, llamaban papá Gobseck. Lo encontré sentado en su sillón, inmóvil como una estatua y con los ojos fijos en la chimenea, en donde parecía releer el borrador de

descuentos. Un humeante quinqué cuyo pie había sido verde en otro tiempo, daba una luz que, lejos de colorear su semblante, hacía resaltar su palidez. Me miró silenciosamente y me señaló mi silla, que me esperaba.

»—¿En qué pensará este hombre?— me dije.—¿Sabe si existe un Dios, un sentimiento, mujeres, una dicha?

»Le compadecí como hubiese compadecido á un enfermo. Pero también comprendía que, si tenía millones en el Banco, podía poseer con el pensamiento la tierra que él había recorrido, escudriñado, sospesado, evaluado, explotado.

»—Buenas noches, papá Gobseck— le dije.

»Al oírme, volvió la cabeza hacia mí, y sus espesas cejas se pintaron ligeramente; en él, esta inflexión característica equivalía á la más alegre sonrisa de un meridional.

»—Está usted tan sombrío como el día en que vinieron á anunciarle á usted la quiebra de ese librero cuya habilidad tanto ha admirado usted, aunque haya sido usted su víctima.

»—¿Yo víctima?— dijo con aire asombrado.

»—A fin de obtener una transacción, ¿no le ha reconocido la deuda en letras firmadas en razón de comercio en quiebra? y una vez que ha estado restablecido, ¿no ha sometido dicha deuda á la reducción estimada en el convenio?

»—Era muy astuto— me respondió— pero he vuelto á cogerlo.

»—¿Tiene usted, pues, algunas letras que protestarle? Creo que estamos á treinta.

»Yo le hablaba de dinero por primera vez. Levantó los ojos hacia mí con un movimiento burlón; después, con una voz dulce cuyos acentos se parecen á los sonidos que saca un discípulo de la flauta que no tiene embocadura, me dijo:

»—Me estoy divirtiendo.

»—Pero ¿se divierte usted alguna vez?

»—¿Cree usted que no son poetas, más que los que hacen versos?— me preguntó encogiéndose de hombros y dirigiéndome una mirada de piedad.

»—¡Poesía en esa cabeza!— pensé yo, pues no conocía aún nada de su vida.

»—¿Hay alguna existencia que pueda ser más brillante que a mía?— dijo continuando y animándose.—Usted es joven, tiene usted las ideas de su sangre, ve usted figuras de mujer en los tizones, cuando yo no percibo más que carbones en

los míos. Usted cree en todo, yo no creo en nada. Guarde usted sus ilusiones, si es que puede. Voy á hacerle á usted el descuento de la vida. Aunque usted viaje, aunque permanezca usted al lado de la chimenea y de su mujer, llega siempre una edad en que la vida no es más que una costumbre ejercida en un cierto centro preferido. La felicidad consiste entonces en el ejercicio de nuestras facultades, aplicadas á realidades. Fuera de estos dos preceptos, todo es falso. Mis principios han variado como los de los hombres: he tenido que cambiarlos en cada latitud. Lo que la Europa admira, el Asia lo castiga. Lo que es un vicio en París, es una necesidad cuando se han pasado las Azores. Nada es fijo aquí abajo; no existen más que convenios, que se modifican según los climas. Para el que se ha arrojado, forzado á ello, en todos los moldes sociales, las convicciones y las diferentes formas de moral no son más que palabras vanas. En nosotros sólo queda el único sentimiento verdadero que la naturaleza nos ha dado: el instinto de conservación. En las sociedades europeas, este instinto se llama *interés personal*. Si ustedes hubiesen vivido tanto como yo, sabrían que no hay más que una cosa natural cuyo valor sea bastante cierto para que un hombre se ocupe de él. Esta cosa... es el oro. El oro representa todas las fuerzas humanas. Yo he viajado y he visto que por todas partes había praderas ó montañas: las praderas aburren, las montañas cansan; los lugares no significan, pues, nada. Respecto á las costumbres, el hombre es el mismo en todas partes; el combate entre el pobre y el rico está establecido en todas partes, en todas partes es inevitable; vale, pues, más explotar que ser explotado; en todas partes se encuentran seres musculosos que trabajan y seres linfáticos que se atormentan; en todas partes los placeres son los mismos, pues en todos los sentidos se debilitan, y no les sobrevive más que un solo sentimiento, ¡la vanidad! La vanidad es siempre el yo. La vanidad no se satisface más que con raudales de oro. Nuestras fantasías requieren tiempo, medios físicos ó cuidados. Pues bien, el oro tiene todo eso en germen, y lo da todo en realidad. No pueden ser más que locos ó enfermos los que encuentran un placer en hacer cábalas todas las noches con las cartas, para saber si ganarán ó perderán. No pueden ser más que estúpidos los que emplean el tiempo en preguntar lo que pasa; si la señora tal se ha acostado en un canapé sola ó acompañada, si tiene

más sangre que linfa, más temperamento que virtud. No pueden ser más que cándidos los que creen ser útiles á sus semejantes, ocupándose en trazar principios políticos para gobernar los sucesos siempre imprevistos. No pueden ser más que necios los que gustan hablar de los actores y repetir sus mismas palabras, y de dar todos los días, pero en un espacio mayor, el paseo que hace un animal en la jaula; en vestirse para los otros, y en comer para los otros; en vanagloriarse de un caballo ó de un coche que el vecino no puede tener más que tres días después de ellos. ¿No es esta la vida de sus parisienses traducida en pocas palabras? Vemos la existencia de más alto que ellos. La felicidad consiste en emociones fuertes que gastan la vida, ó en ocupaciones moderadas semejantes á una mecánica inglesa que funciona por tiempos regulares. Por encima de estas dichas, existe una curiosidad, considerada como noble, por conocer los secretos de la naturaleza ó por obtener una cierta imitación de sus efectos. ¿No es, en dos palabras, el arte y la ciencia, la pasión ó la calma? ¿Pues bien! todas las pasiones humanas agrandadas por el juego de vuestros intereses sociales, vienen á maniobrar delante de mí, que vivo tranquilo. Después, vuestra curiosidad científica, especie de lucha en que el hombre está siempre debajo, la reemplazo por la penetración de todos los resortes que mueven á la humanidad. En una palabra, yo poseo el mundo sin fatigarme, y el mundo no posee ni un átomo mío. Escúcheme usted—repuso;—por la narración de los acontecimientos de esta mañana conocerá usted mis placeres.

»Se levantó, fué á correr el cerrojo de la puerta, extendió un cortinaje de vieja tapicería cuyas anillas chirriaron sobre la varilla, y volvió á sentarse.

»—Esta mañana—me dijo—no tenía que percibir más que dos efectos, pues los demás habían sido entregados al contado, la vispera, á mis clientes. ¡Eso he ganado! porque, al contado deduzco la comisión que se necesita para el cobro, cogiendo dos pesetas para un cabriolé de fantasía. ¿No sería lastimoso que un cliente me hiciese atravesar todo París por seis francos de comisión, á mí, que no obedezco á nadie, á mí, que no pago más que siete francos de contribución? La primera letra, de mil francos, que me fué presentada por un joven hermoso, con chaleco bordado, con monóculo, con tiburí, caballo inglés, etc., estaba firmada por una de las mu-

»jeres más bonitas de París, casada con algún rico propietario, con un conde. ¿Por qué había firmado esta condesa una letra de cambio, nula en derecho, pero excelente en hecho, pues estas pobres mujeres temen el escándalo que produciría un protesto en su hogar, y se entregarían, en pago, antes que dejar de pagar? Quise conocer el valor de esa letra de cambio. ¿Era esto una estupidez, una imprudencia, amor ó caridad? La segunda letra, de igual valor, firmada por Jenny Malvaut, me fué presentada por un comerciante de telas en visperas de arruinarse. Nadie, teniendo crédito en el Banco, viene á mi casa, en donde el primer paso que dan, de la puerta al despacho, anuncia desesperación, una quiebra inminente, y, sobre todo, una denegación de dinero en todas las casas de banca. Así es que no veo más que ciervos acozados, batidos por la jauría de sus acreedores. La condesa vivía en la calle de Helder, y Jenny en la de Montmartre. ¿Cuántas conjeturas no he hecho al salir de aquí esta mañana? Si esas dos mujeres no podían pagar iban á recibirme con más respeto que si fuese su propio padre. ¿Cuántas monerías no me haría la condesa por mil francos? Tomará un aire afectuoso, me hablará con esa voz dulce cuyos arrumacos están reservados para el endosador de la letra, me prodigará palabras cariñosas, acaso me suplique, y yo...—al llegar aquí, el anciano dirigió hacia mí su vidriosa mirada.—Y yo—repuso—¡firme! Represento el papel de vengador, aparezco como un remordimiento. Pero, dejemos las hipótesis. Llego allí.

»—La señora condesa está en la cama—me dijo una camarera.

»—¿Cuándo estará visible?

»—A las doce.

»—¿Está acaso enferma la señora condesa?

»—No, señor; pero ha venido del baile á las tres de la madrugada.

»—Me llamo Gobseck; dígame usted mi nombre, estaré aquí á las doce.

»Y me fuí, señalando mi presencia en la alfombra que cubría el enlosado de la escalera. Me gusta llenar de barro las alfombras de los ricos, no por ruindad, sino para hacerles ver las garras de la necesidad. Llegado á la calle de Montmartre, á una casa de pobre apariencia, empujó una vieja puerta cochera y veo uno de esos patios oscuros donde el sol no

penetra nunca. La casucha del portero era negra; las vidrieras se parecían á la manga de una bata muy usada, pues estaban grasientas, morenas y agrietadas.

»—¡Vive aquí la señorita Jenny Malvaut?

»—Ha salido; pero si viene usted á cobrar una letra, tengo aquí el dinero.

»—Ya volveré—dije.

»Desde el momento en que el portero tenía la suma, quise conocer á la joven, pues me figuraba que debía ser bonita. Pasé toda la mañana examinando los grabados que ostenta el bulevar; después, cuando dieron las doce, atravesaba el salón que precede á la habitación de la condesa.

»—La señora me llama—me dijo la camarera,—me parece que no estará visible.

»—Esperaré—le respondí sentándome en un sillón.

»Las persianas se abrieron, la camarera vino, y me dijo:

»—Entre usted, señor.

»Por la dulzura de su voz, comprendí que su ama no podría pagarme. ¡Qué hermosa era la mujer que vi entonces! Se había echado precipitadamente sobre sus espaldas desnudas un chal de cachemira, con el cual se cubría tan bien, que sus formas podían adivinarse en toda su desnudez. Iba vestida con un peinador con guarniciones blancas como la nieve, y que anunciaban un gasto anual de unos dos mil francos de planchadora solamente. Sus cabellos negros se escapaban, formando grandes bucles, de un bonito madrás negligentemente anudado á la cabeza á la manera de las criollas. Su cama ofrecía el cuadro de un desorden producido, sin duda, por un sueño agitado. Un pintor hubiese pagado por permanecer durante algunos instantes en medio de aquella escena. Bajo unas cortinas voluptuosamente dispuestas, una almohada puesta sobre un edredón de seda azul, y cuyas guarniciones de encaje se destacaban vivamente sobre el fondo azul, ofrecía las huellas de formas indecisas que despertaban la imaginación. Sobre una larga piel de oso, extendida al pie de los leones cincelados en la caoba del lecho, brillaban los zapatos de raso blanco, tirados con la incuria que origina el cansancio del baile. Sobre una silla había un vestido arrugado cuyas mangas tocaban el suelo. Unas medias, que el menor soplo de aire se hubiese llevado, estaban enroscadas al pie de un sillón. Blancas ligas flotaban á lo largo de un confidente. Un abanico de precio, medio abierto, relu-

cia sobre la chimenea. Los cajones de la cómoda permanecían abiertos. Flores, diamantes, guantes, un ramillete, un ceñidor, yacían aquí y allá. Yo respiraba un vago olor de perfumes. Todo era allí lujo y desorden, belleza sin armonía. Pero, para ella ó para su adorador, la miseria, escondida bajo todo esto, erguía ya la cabeza y hacía sentir sus agudos dientes. El rostro fatigado de la condesa se parecía á aquella habitación, sembrada con los restos de una fiesta. Aquellas baratijas esparcidas me causaban lástima; juntas habían causado la víspera algún delirio. Aquellos vestigios de un amor anonadado por los remordimientos, aquella imagen de una vida de disipación, de lujo y de ruido, eran prueba de que se habían hecho esfuerzos de Tántalo para abrazar fugitivos placeres. Algunos colores sembrados en la cara de la joven, atestiguaban la finura de su piel; pero sus rasgos estaban como abultados, y el círculo morado que se dibujaba en torno de sus ojos parecía estar más fuertemente marcado que de ordinario. No obstante, la naturaleza tenía bastante energía en ella, para que estos indicios de crápula no alterasen su belleza. Sus ojos chispeaban. Semejante á una de esas Herodiades debidas al pincel de Leonardo de Vinci (yo he comerciado con cuadros), estaba magnífica de vida y de fuerza; no había nada mezquino en sus contornos ni en sus acciones; inspiraba amor, y me parecía que debía ser más fuerte que el amor mismo. Me agradó. Hacía ya tiempo que el corazón no me había palpitado. ¡Ya estaba, pues, pagado! porque daría mil francos por una sensación que me hiciese recordar mi juventud.

»—Señor—me dijo ofreciéndome una silla,—¿sería usted tan amable que esperase?

»—Hasta mañana á las doce, señora — le respondí volviendo á meterme en el bolsillo la letra que le había presentado;—no tengo derecho á protestar más que á esa hora.

»Después decía para mis adentros:

»—¡Paga tu lujo, paga tu nombre, paga tu dicha, paga el monopolio de que gozas! Para asegurar sus bienes, los ricos han inventado los tribunales, los jueces, y esa guillotina, especie de bujía donde van á quemarse todos los ignorantes. Pero para vosotros, que os acostáis sobre la seda y bajo la seda, hay remordimientos, rechimientos de dientes ocultos bajo una sonrisa, y bocas de leones fantásticos que os dan una dentellada en el corazón.

»—¡Un protesto! ¿sabe usted lo que hace?—exclamó mirándome—¿tan pocos miramientos me tiene usted?

»—Si el rey me debiese, señora, y no me pagase, lo citaría aún más pronto que á ningún otro deudor.

»En este momento, óímos que llamaban suavemente á la puerta de la habitación.

»—¡No estoy para nadie!—dijo imperiosamente la joven.

»—Sin embargo, Anastasia, tengo muchas ganas de veros.

»—En este momento no, querido mío — respondió ella con voz menos dura, pero no obstante sin dulzura.

»—¡Qué broma! está usted hablando con uno, y á mí no me deja entrar—respondió, entrando, un hombre, que no podía ser otro que el conde.

»La condesa me miró, la comprendí y se convirtió en esclava mía. Hubo un tiempo, joven, en que hubiese sido bastante estúpido para no protestar. En 1763, en Pondichery, perdoné á una joven, que me engatusó rastreramente. Lo tuve bien merecido, porque me fié de ella.

»—¿Qué desea usted, señor?—me preguntó el conde.

»Vi á la mujer estremecerse de pies á cabeza; la piel blanca y satinada de su cuello se puso áspera: como suele decirse vulgarmente, se le había puesto carne de gallina. Yo me refa, sin que ninguno de mis músculos se contrajese.

»—El señor es uno de mis proveedores—dijo ella.

»El conde me volvió la espalda, y saqué la letra hasta la mitad del bolsillo. A este movimiento inexorable, la joven vino hacia mí y me presentó un diamante.

»—Tome usted—me dijo,—y váyase.

»Cambiamos los dos valores, y salí saludándola. El diamante valía lo menos unos mil doscientos francos. En el patio encontré una hilera de criados que cepillaban sus libreas, que embetunaban sus botas ó limpiaban suntuosos carruajes.

»—Esto es — me dije — lo que conduce á esas gentes á mi casa. Eso es lo que les empuja decentemente á robar millones, á traicionar á su patria. ¡Para no coger barro yendo á pie, el gran señor, ó el que le imita, toma de una vez un buen baño de lodo!

»En este momento, la puerta de entrada se abrió y dió paso al cabriolé del joven que me había presentado la letra.

»—Señor, aquí tiene usted doscientos francos — le dije cuando se había apeado, — que le ruego entregue á la se-

ñora condesa, y le hará usted observar, además, que tendré á su disposición, durante ocho días, la prenda que me ha dado esta mañana.

»Tomó los doscientos francos y dejó escapar una sonrisa burlona, como si quisiese decir: «¡Ah! ¿con que ha pagado? ¡Tanto mejor!» Yo leí en aquella fisonomía el porvenir de la condesa. Ese bonito señor rubio, frío, jugador sin alma, se arruinará, la arruinará á ella, arruinará al marido, arruinará á los hijos, comerá sus dotes, y causará más estragos á través de los salones, que una batería de obuses en un regimiento.

»Me fui á la calle de Montmartre, á casa de la señorita Jenny Malvaut. Subí una escalerita muy empinada. Una vez que hube llegado al quinto piso, fui introducido en una vivienda compuesta de dos habitaciones, en donde todo estaba limpio como una moneda nueva. No vi la menor huella de polvo en los muebles de la primera pieza donde me recibió la señorita Jenny, joven parisiense, vestida sencillamente: cabeza elegante y joven, aspecto simpático y cabellos castaños bien peinados, los cuales, retorcidos en forma de dos arcos sobre las sienes, daban picardía á dos ojos azules, puros como el cristal. La luz, pasando á través de unas cortinitas extendidas sobre los cristales, arrojaba un resplandor suave sobre el rostro modesto de la joven. En torno de ella, numerosos pedazos de tela me denunciaron su ocupación habitual: era costurera. Estaba allí como el genio de la soledad. Cuando le presenté la letra, le dije que no la había encontrado por la mañana.

»—Pero ¡si estaban los fondos en la portería! — me dijo.

»Fingí no haberla comprendido.

»—Por lo visto, sale muy temprano la señorita.

»—Rara vez estoy fuera de casa; pero cuando se trabaja por la noche, es preciso bañarse alguna vez.

»La miré. Con una mirada lo comprendí todo. Era una joven condenada al trabajo por la desgracia, y que pertenecía á una honrada familia de cortijeros, pues tenía algunos de esos rosetones propios de las personas nacidas en el campo. No sé qué aire de virtud respiraban sus facciones. Me pareció habitar en una atmósfera de sinceridad y de candor, en donde mis pulmones se refrescaban. ¡Pobre inocente! creía en algo; su sencilla camita de madera pintada estaba coronada en la cabecera por un crucifijo adornado

con dos ramas de boj. Casi me conmoví. Me sentía dispuesto á ofrecerle dinero á un doce por ciento solamente, á fin de facilitarle la compra de algún buen establecimiento. «Pero, me dije, acaso tenga algún primito, que traficaría con su firma, y arruinaría á la pobre joven.» Me fui, pues, poniéndome en guardia contra mis ideas generosas, pues he tenido frecuentemente ocasión de observar que, cuando la beneficencia no daña al bienhechor, mata al obligado. Cuando usted ha entrado estaba pensando que Jenny Malvaut sería una buena mujercita; ¡comparaba su vida pura y solitaria con la de la condesa, que, caída ya en la letra de cambio, va á rodar hasta el fondo de los abismos del vicio!

«¡Pues bien!—repuso después de un momento de profundo silencio, durante el cual le examiné—¿cree usted que no es nada el poder penetrar así en los secretos más recónditos del corazón humano, el abrazar la vida de los demás y el verla al desnudo? Espectáculos siempre variados, llagas horribles, penas mortales, escenas de amor, miserias á las que las aguas del Sena esperan, risas de desesperación y fiestas suntuosas. Ayer, una tragedia: algún buen padre que se afijará porque no puede mantener á sus hijos. Mañana, una comedia: un joven tratará de jugarme la pasada del señor Domingo, con las variantes de nuestra época. Usted ha oído ensalzar la elocuencia de los últimos predicadores, y yo he ido algunas veces á perder el tiempo escuchándolos, y me decía no sé quién, jamás. Pues bien, esos buenos sacerdotes, vuestro Mirabeau, Vergniaud y los otros, no son más que tartamudos al lado de mis oradores. Frecuentemente, una joven enamorada, un viejo comerciante próximo á hacer bancarrota, una madre que quiere ocultar la falta de su hijo, un artista sin pan, un grande á punto de perder el favor, y que, por falta de dinero, va á perder el fruto de sus esfuerzos, me han hecho estremecer con el poder de su palabra. Estos sublimes actores representaban sólo para mí, y no han podido engañarme. Mi mirada es como la de Dios: leo en los corazones. Nada se me oculta. No se opone nada al que ata y desata las cuerdas del saco. Soy bastante rico para comprar las conciencias de los que mueven á los ministros; desde los escribientes, hasta sus queridas: ¿no es eso el poder? Puedo tener las mujeres más hermosas y las más tiernas caricias: ¿no es eso el placer? ¿No resumen todo

vuestro orden social el poder y los placeres? Hay en París unos doce como yo, todos reyes silenciosos y desconocidos, árbitros de vuestros destinos. ¿No es la vida una máquina á la que el dinero imprime movimiento? Sépalo usted; los medios se confunden con los resultados; nunca llegarán ustedes á separar el alma del sentido, el espíritu de la materia. El oro es el espiritualismo de vuestras sociedades actuales. Ligados por nuestro propio interés, nos reunimos cierto día de la semana en el café Thémis, cerca del puente Nuevo. Allí nos revelamos el misterio de la banca. Ninguna fortuna puede engañarnos, pues poseemos los secretos de todas las familias. Tenemos una especie de *libro negro*, donde se inscriben las notas más importantes sobre el crédito público, sobre la banca y sobre el comercio. Casuistas de la Bolsa, formamos un santo oficio, en donde se juzgan y analizan las acciones más indiferentes de todas las gentes que tienen una fortuna cualquiera, y siempre sabemos la verdad. Éste vigila la masa judicial, aquél la masa financiera; el uno la masa administrativa, el otro la masa comercial. Yo vigilo á los hijos de familia, á los artistas, á las gentes del gran mundo y á los jugadores, que es la parte más agitada de París. Cada uno dice al otro los secretos del vecino. Las pasiones engañadas, las vanidades heridas, son charlatanas por excelencia. Los vicios, las contrariedades y las venganzas son los mejores agentes de policía. Como yo, todos mis cofrades han gozado de todo, se han saciado de todo y han llegado á no amar el poder y el dinero, más que por el poder y el dinero mismo. Aquí—dijo mostrándome su habitación desnuda y fría, — el amante más fogoso, que se irrita en otra parte por una palabra y que saca la espada por una frase, ruega con las manos juntas. Aquí, el comerciante más orgulloso; aquí, la mujer que se vanagloria más de su belleza; aquí, el militar más fiero, ruegan todos con lágrimas de rabia ó de placer en los ojos. Aquí ruegan el artista más célebre y el escritor, cuyos nombres están prometidos á la posteridad. Aquí, en fin—añadió llevándose la mano á la frente, — hay una balanza en la cual se pesan las herencias y los intereses de París entero. ¿Cree usted, pues, que no hay alegría bajo esta máscara blanca, cuya inmovilidad le ha asombrado á usted tan frecuentemente? — dijo tendiéndome su rostro lívido, que olía á dinero.

«Volví á mi cuarto, estupefacto. Aquel ancianito seco

había crecido á mis ojos y se habla cambiado en una imagen fantástica, donde se personificaba el poder del oro. La vida, los hombres, me causaban horror.

»—¿Todo se reduce, pues, al dinero?—me pregunté.

»Me acuerdo que no me dormí hasta muy tarde. Vea montones de oro en torno mío. La bella condesa me interesó. Declaré, para vergüenza mía, que eclipsaba completamente la imagen de la sencilla y casta criatura consagrada al trabajo y á la obscuridad; pero, al día siguiente por la mañana, á través de los vapores de mi sueño, la dulce Jenny se me apareció en toda su belleza, y no pensaba más que en ella.»

—¿Quiere usted un vaso de agua azucarada? —dijo la condesa interrumpiendo á Derville.

—Con mucho gusto—respondió él.

—Pero no veo en todo eso nada que pueda concernirnos—dijo la señora de Grandlieu llamando.

—¡Sardanápalo! —exclamó Derville dejando escapar el voto,—voy á despertar á la señorita Camila, para decirle que su dicha dependía en aquel entonces del papá Gobseck; pero, como el buen hombre ha muerto á la edad de noventa y nueve años, el señor de Restaud entrará bien pronto en posesión de una hermosa fortuna. Esto requiere explicaciones. Respecto á Jenny Malvaut, ustedes la conocen, ¿es mi mujer!

—El pobre muchacho—replicó la vizcondesa—confesaría eso delante de veinte personas, con su franqueza ordinaria.

—Yo se lo diría á todo el universo—dijo el procurador.

—Beba usted, beba usted, mi pobre Derville. No será usted nunca más que el más dichoso y el mejor de los hombres.

—Les he dejado á ustedes en la calle de Helder, en casa de una condesa—exclamó el tío levantando la cabeza ligeramente amodorrada.—¿Qué han hecho ustedes?

—Algunos días después de la conversación que tuve con el viejo holandés, aprobé mi tema—repuso Derville.—Me licencié en derecho, y después me hice procurador. La confianza que el viejo tenía en mí, aumentó mucho. Me consultaba gratuitamente sobre todos los asuntos espinosos, en los cuales se embarrancaba después de tener datos seguros, y que hubiesen parecido malos á todos los prácticos.

Este hombre, sobre el cual nadie hubiese podido ejercer el menor imperio, escuchaba mis consejos con una especie de respeto. Es verdad que siempre le iba muy bien. Finalmente, el día en que fui nombrado primer pasante del estudio en que trabajaba desde hacía tres años, dejé la casa de la calle de Gres, y fui á vivir á casa de mi principal, el cual me dió mesa, habitación y ciento cincuenta francos mensuales. ¡Este fué un día hermoso! Cuando me despedí de mi antiguo vecino, no me dió muestras de amistad ni de desagrado, ni me invitó á que fuese á verlo; me dirigió únicamente una de esas miradas que, en él, parecían denotar en cierto modo el don de segunda vista. Al cabo de ocho días recibí la visita de mi antiguo vecino, que me traía un asunto bastante difícil, una expropiación; continuó haciéndome consultas gratuitas, con la misma libertad que si me las pagase. Al final del segundo año, de 1818 á 1819, mi principal, que era un hombre aficionado á los placeres y muy disipador, se encontró en una penuria de dinero considerable, y se vió obligado á vender su cargo. Aunque á la sazón los estudios no hubiesen adquirido el valor exorbitante á que han llegado hoy, mi principal daba el suyo por ciento cincuenta mil francos. Un hombre activo, instruido é inteligente podía vivir decentemente, pagar los intereses de la suma y desquitarse de ella en diez años, por poca confianza que inspirase. Yo, el séptimo hijo de un hombre de la clase media de Noyón, no poseía ni un óbolo, y no conocía en el mundo otro capitalista que Gobseck. Un pensamiento ambicioso, y no sé qué resplandor de esperanza, me dieron ánimo para ir á verle. Una tarde, pues, caminaba lentamente hacia la calle de Gres. El corazón me latía fuertemente cuando llamé á la puerta de la sombría casa. Me acordaba de todo lo que me había dicho cierta vez el viejo avaro, en una época en que estaba yo muy lejos de suponer la violencia de las angustias que comenzaban en el umbral de su puerta. Iba, pues, á rogarle como otros muchos. «¡Pues bien! no, me dije; un hombre honrado debe guardar ante todo su dignidad. La fortuna no vale una bajeza; mostrémonos tan positivos como él.» Desde que yo me fui, el papá Gobseck había alquilado mi habitación para no tener vecino; había mandado hacer también una gatera enrejada en medio de su puerta, y no abría hasta después de haber reconocido al que llamaba.

»—Y bien—me dijo con su meliflua vocecita,—¿vende su principal de usted el estudio?

»—¿Cómo lo sabe usted? Aun no ha hablado á nadie más que á mí.

»Los labios del anciano se corrieron hacia los ángulos de la boca como si fuesen cortinas, y esta sonrisa muda fué acompañada de una mirada fría.

»—Era preciso eso para que yo le viese á usted en mi casa—añadió con tono seco y después de una pausa durante la cual permanecí confundido.

»—Escúcheme usted, señor Gobseck—repuse con tanta calma como pude afectar delante de un anciano que fijaba en mí sus ojos impasibles cuyo claro fuego me turbaba.

»Hizo un gesto como para decirme: «Hable usted».

»—Ya sé que es muy difícil conmoverle á usted. Así es que no perderé mi elocuencia en tratar de pintarle la situación de un procurador sin un céntimo, que no tiene esperanza más que en usted y que no posee en el mundo otro corazón que el de usted, que comprende su porvenir. Dejemos el corazón. Los negocios se hacen como negocios que son, y no como las novelas, que se hacen con la sensibilidad. He aquí el asunto. El estudio de mi principal da anualmente entre sus manos unos veinte mil francos; pero creo que entre las mías dará cuarenta. Quiere venderlo por ciento cincuenta mil francos. Presiento aquí—dije pegándome en la frente—que, si usted pudiese prestarme la suma necesaria para hacer esa adquisición, me desquitaría de la deuda en diez años.

»—¡Eso se llama hablar!—respondió el papá Gobseck, que me tendió la mano y me la estrechó.—Nadie, desde que me dedico á negocios, me ha expuesto más claramente que usted los motivos de su visita. ¿Qué garantías me da usted?—dijo midiéndome de pies á cabeza.—¡Ninguna!—añadió después de una pausa.—¿Qué edad tiene usted?

»—Dentro de diez días cumplo veinticinco años—repuse;—si así no fuese, no podría hacer ningún trato.

»—Ciertamente.

»—¿Y bien?

»—Es posible.

»—Pues es preciso darse prisa; porque si no, habrá más compradores.

»—Tráigame usted mañana su fe de bautismo, y hablaremos de su negocio: tengo que pensarlo.

»Al día siguiente, á las ocho de la mañana, estaba en casa del anciano. Cogió el papel oficial, se puso los anteojos, tosió, escupió, se envolvió en su bufanda negra y leyó todo entero el extracto de los registros de la alcaldía. Después lo dobló, lo desdobló, me miró, volvió á toser, se movió en su silla, y me dijo:

»—Es un asunto que vamos á tratar de arreglarlo.

»Me estremecí.

»—Cobro el cincuenta por ciento de lo que presto—repuse,—algunas veces cien, doscientos, quinientos por ciento.

»Al oír estas palabras, palidecí.

»—Pero, por consideración á nuestra amistad, me contentaré con el doce y medio por ciento de interés al...

»Y dudó.

»—Pues bien, sí, para usted me contentaré con el trece por ciento al año. ¿Le conviene?

»—Sí—le respondí.

»—Pero, si es demasiado—repuse,—¿defiéndase usted, Grotius!—Me llamaba Grotius como bromeando.—Pidiéndole el trece por ciento, hago mi oficio; vea usted si puede pagarlo. No me gustan los hombres que acceden á todo. ¿Es demasiado?

»—No—le dije;—me desquitaré trabajando un poco más.

»—¡Pardiez!—me dijo dirigiéndome su oblicua mirada—los clientes lo pagarán.

»—No, ¡qué demonio!—exclamé—¡seré yo! Me cortaría la mano antes que desollar al prójimo.

»—Pues está usted arreglado—me dijo el papá Gobseck.

»—Pero si los honorarios tienen su tarifa—repuse.

»—Menos las transacciones, las prórrogas y las conciliaciones; por sus conferencias, por sus comisiones, por sus proyectos de actas, por sus memorias y por su prosa puede usted hacerles pagar entonces dos mil francos, hasta seis mil, según la importancia de los intereses. Es preciso saber buscar esta especie de asuntos. Le recomendaré á usted como el más sabio y el más hábil de los procuradores, le enviaré á usted tantos procesos de ese género, que hará usted reventar de envidia á todos sus cofrades. Werbrust, Palma, Gigonnet, mis cofrades, le darán á usted sus expropiaciones,

¡y Dios sabe las que tienen! Tendrá usted así dos clientelas, la que usted compra y la que yo le haré. Casi debía usted pagarme el quince por ciento de mis ciento cincuenta mil francos.

»—Sea, pero ni un céntimo más—dijo con la firmeza de un hombre que no concederá ya nada más.

»El papá Gobseck se dulcificó y pareció contento de mí.

»—A fin de establecer un privilegio bien sólido sobre el precio y la fianza—repuso,—pagaré yo mismo el cargo al patrón de usted.

»—¡Oh! todas las garantías que usted quiera.

»—Después, me representará usted el valor en quince letras de cambio, aceptadas en blanco, de diez mil francos cada una.

»—Con tal que ese doble valor esté comprobado...

»—¡No!—exclamó Gobseck interrumpiéndome.—¿Por qué quiere usted que tenga más confianza en usted de la que tiene en mí?

»Guardé silencio.

»—Y después—dijo continuando con tono bondadoso—arreglará usted mis asuntos, mientras viva, sin exigirme honorarios.

»—Sea, con tal que no tenga que adelantar fondos.

»—Está bien—dijo.—¡Ah!—repuso el vejete cuya cara apenas podía tomar un aire de bondad—¿me permitirá usted que vaya á verle?

»—Tendré sumo gusto en ello.

»—Sí, pero por la mañana será difícil. Usted tendrá sus asuntos, y yo los míos.

»—Venga usted por la noche.

»—¡Oh! no—repuso vivamente;—usted tendrá que ir á los salones, á ver á sus clientes, y yo tengo mis amigos en el café.

»—¡Sus amigos!...—pensé.—Pues bien—le dije,—¿por qué no hemos de escoger la hora de comer?

»—Eso mismo—dijo Gobseck.—Después de la Bolsa, á las cinco. Pues bien, me verá usted todos los miércoles y sábados. Hablaremos de nuestros negocios como dos buenos amigos. ¡Ah! ¡ah! ¡alguna vez he de regocijarme! Me dará usted un alón de perdiz y un vaso de vino de Champaña, y charlaremos. Sé muchas cosas que pueden decirse hoy, y que le enseñarán á usted á conocer los hombres y, sobre todo, las mujeres.

»—Vaya por la perdiz y el vaso de vino de Champaña.

»—No cometa usted locuras; de otro modo, perdería usted mi estimación. No tenga usted mucho lujo en su casa. Tenga una sola y vieja criada. Iré á visitarle para asegurarme de su salud. Tendré mi capital colocado sobre la cabeza de usted, ¡eh! ¡eh! y debo informarme de como van sus asuntos. Vamos, venga usted esta noche con su principal.

»—¿Podría usted decirme, si no es una indiscreción el preguntarlo—le dije al vejete cuando estuvimos en el umbral de la puerta,—qué importancia tenía mi fe de bautismo en este asunto?

»Juan Esther Van Gobseck se encogió de hombros, sonrió maliciosamente y me respondió:

»—¡Qué estúpida es la juventud! Sepa usted, pues, señor procurador, pues es preciso que lo sepa para no dejarse coger, que la probidad y el talento son una especie de hipotecas hasta la edad de treinta años. Pasada esta edad, no se puede contar ya con un hombre.

»Y cerró la puerta.»

—Tres meses después—añadió dirigiéndose á la vizcondesa—yo era procurador. Casi en seguida, señora, tuve la dicha de emprender los asuntos concernientes á la restitución de las propiedades de usted. El éxito de esos procesos me hizo conocido. A pesar de los intereses enormes que tenía que pagar á Gobseck, en menos de cinco años quedé libre de deuda, y me casé con Jenny Malvaut, á quien amaba sinceramente. La conformidad de nuestros destinos, de nuestros trabajos y de nuestros éxitos aumentaba la fuerza de nuestro amor. Uno de sus tíos, un cortijero que se había enriquecido, murió, dejándole setenta mil francos, que me ayudaron á desquitarme en parte de la deuda. Desde este día, mi vida no fué más que felicidad y prosperidad. No hablemos, pues, más de mí, porque nada hay tan insoportable como un hombre feliz. Volvamos á nuestros personajes. Un año después de la adquisición de mi estudio, fuí, á pesar mío, á un almuerzo de hombres casi todos jóvenes. Esta comida se daba á causa de una apuesta perdida por uno de mis compañeros contra un joven, muy en boga entonces en el mundo elegante. El señor de Trailles, la flor del *dandy* de aquel tiempo, gozaba de una inmensa reputación...

—Y aún goza de ella—dijo el conde de Born interrumpiendo al procurador.—Nadie lleva un traje, ni conduce un

*tandem* mejor que él. Máximo tiene el talento de jugar, comer y beber con más gracia que cualquiera de este mundo. Se le conoce por sus caballos, sus sombreros y sus cuadros. Todas las mujeres se vuelven locas por él. Gasta siempre unos cien mil francos al año, sin que se le conozca una sola propiedad ni un solo cupón de renta. Tipo de la caballería errante de nuestros salones, de nuestros gabinetes de señora, de nuestros bulevares; especie de anfibio que tiene tanto de hombre como de mujer, el conde Máximo de Trailles es un ser singular, dispuesto á todo, y para nada apto, temido y despreciado, sabiendo é ignorándolo todo, tan capaz para hacer una buena obra como para resolver un crimen, tan pronto infame como noble, más bien cubierto de fango que salpicado de sangre, teniendo más inquietudes que remordimientos, más ocupado en digerir que en pensar, inspirando pasiones y no sintiendo nada. Especie de argolla que podría unir el presidio con la sociedad, Máximo de Trailles es un hombre que pertenece á esa clase eminentemente inteligente, de donde salen de vez en cuando un Mirabeau, un Pitt, un Richelieu, pero que más frecuentemente amamanta á condes de Horne, de Fouquier-Tinville y de Coignard.

—Sí—repuso Derville después de haber escuchado al hermano de la condesa,—ya había oído hablar mucho de ese personaje al pobre padre Goriot, uno de mis clientes; pero he evitado muchas veces el peligroso honor de trabar conocimiento con él cuando lo encontraba en los salones. Sin embargo, me instó de tal modo mi compañero para que fuese al almuerzo, que no pude dispensarme de ir sin ser tachado de *desdeñoso*. Le sería á usted difícil, señora, concebir un almuerzo en donde casi todos son hombres jóvenes. Es una magnificencia y un refinamiento raro, el lujo de un avaro que, por vanidad, se vuelve espléndido por un día. Al entrar, queda uno sorprendido del orden que reina sobre una mesa resplandeciente de plata, de cristal y de mantelería adamscada. La vida está allí en su flor: los jóvenes son graciosos, sonríen, hablan en voz baja y se parecen á los jóvenes recién casados: en torno de ellos todo está virgen. Dos horas después, diría usted que parece un campo de batalla después del combate: por todas partes vasos rotos, servilletas estrujadas, arrugadas; manjares empezados que da repugnancia el verlos; después, gritos capaces de rom-

per la cabeza, brindis chistosos, un fuego nutrido de epigramas y de bromas de mal género, rostros encendidos, ojos inflamados que ya no dicen nada y confidencias involuntarias que lo dicen todo. En medio de este ruido infernal, unos rompen botellas, otros cantan canciones; se desafían, se abrazan ó se baten; se eleva un perfume detestable compuesto de cien olores, y gritos compuestos de cien voces; nadie sabe ya lo que come, lo que bebe, ni lo que dice; los unos están tristes, los otros charlan. Este es monomano y repite la misma palabra, como una campana á la que han puesto en movimiento; aquél quiere dominar al tumulto; el más prudente propone una orgía. Si un hombre de sangre fría entrase allí, creería estar en una bacanal. En medio de un tumulto semejante fué cuando el señor Máximo de Trailles trató de hacerse simpático. Respecto á él, aunque afectaba estar decentemente borracho, estaba lleno de sangre fría y pensaba en sus negocios. En efecto, no sé cómo fué, pero es lo cierto que al salir de los salones de Grifion, á eso de las nueve de la noche, me había hechizado de tal modo, que le prometí llevarle al día siguiente á casa de nuestro papá Gobseck. Las palabras «honor, virtud, condesa, mujer honrada, desgracia», gracias á su halagadora palabra, se habían colocado como por magia en sus razonamientos. Cuando me desperté al día siguiente por la mañana y quise recordar todo lo que había hecho la víspera, me costó gran trabajo enlazar algunas ideas. Finalmente, me pareció que la hija de uno de mis clientes corría el riesgo de perder su reputación, la estimación y el amor de su marido, si no encontraba por la mañana cincuenta mil francos. Había deudas de juego, facturas de carrocero y dinero perdido no sé dónde. Mi prestigioso comensal me había asegurado que ella era bastante rica para reparar con unos cuantos años de economía el revés que iba á sufrir su fortuna. Entonces únicamente fué cuando empecé á adivinar la causa de las instancias de mi compañero. Confieso, para vergüenza mía, que yo no dudaba de la importancia que tenía para el papá Gobseck el reconciliarse con aquel petimetre. En el momento en que me levantaba, el señor de Trailles entró.

»—Señor conde—le dije después de habernos dirigido los cumplimientos de costumbre,—no veo que tenga usted necesidad de nadie para presentarse en casa de Van Gob-

seck, el más cortés y el más anodino de los capitalistas. Le dará á usted dinero si tiene, ó, mejor dicho, si le da usted garantías suficientes.

»—Señor—me respondió,—no está en mi ánimo el forzarle á usted á hacerme un servicio, aunque me lo haya usted prometido.

»—¡Sardanápalo!—me dije—¿dejaré creer á este pisaverde que no soy hombre de palabra?

»—Ya tuve el honor de decir á usted ayer que he reñido con el papá Gobseck—dijo continuando.—Así es que, como no hay nadie más que él en París que pueda escupir en un momento, y el día anterior al de fin de mes, unos cien mil francos, le había rogado á usted que nos reconciliase. Pero no hablemos más de ello...

»El señor de Trailles me miró con un aire cortésmente insultante, y se disponía á marcharse, cuando le dije:

»—Estoy dispuesto á llevarle á usted allí.

»Cuando llegamos á la calle de Gres, el petimetre miraba á su alrededor, con una atención y una inquietud que me asombraron. Su cara se ponía lívida, enrojecía y palidecía á la vez, y algunas gotas de sudor aparecieron en su frente cuando percibió la puerta de la casa de Gobseck. En el momento en que bajábamos del cabriolé, entró un fiacre en la calle de Gres. El ojo de halcón del joven le permitió distinguir una mujer en el fondo de aquel coche. Una expresión de alegría casi salvaje animó su rostro; llamó á un muchachito que pasaba, y le mandó cuidar su caballo. Subimos á casa de nuestro viejo banquero.

»—Señor Gobseck—le dije,—aquí le traigo á uno de mis más íntimos amigos (¿de quien desconfío tanto como del diablo!)—añadí al oído del anciano.—En consideración á mí, le prestará usted sus servicios (al interés ordinario), y le sacará usted de apuros (si le conviene á usted).

»El señor de Trailles se inclinó ante el usurero; se sentó, y tomó, para escucharle, una de esas actitudes cortesanescas cuya graciosa bajeza le hubiese seducido á usted; pero mi Gobseck permaneció en su silla, en el rincón de la chimenea, inmóvil é impassible. Gobseck se parecía á la estatua de Voltaire vista por la noche bajo el peristilo del teatro Francés; levantó ligeramente, como para saludar, la gorra usada que cubría su cabeza, y el pedazo de cráneo amarillo que mostró completó su semejanza con el mármol.

»—No tengo dinero más que para mis clientes—dijo.

»—¿Está usted, pues, enfadado porque me he ido á arruinarme á otra parte que á su casa?—respondió el conde riendo.

»—¡Arruinarse!—repuso Gobseck con tono irónico.

»—¿Va usted á decirme que no puede arruinarse un hombre que no posee nada? Pero le desafío á usted á que encuentre en todo París un *capital* más hermoso que este—exclamó el pisaverde levantándose y dando una vuelta sobre sus talones.

»Esta bufonada casi seria no tuvo el don de conmovér á Gobseck.

»—¿No soy el amigo íntimo de los Ronquerolles, de los Marsay, de los Franchessini, de los dos Vandenesse, de los Ajuda-Pinto, en fin, de todos los jóvenes más á la moda de París? En el juego soy un aliado de un príncipe y de un embajador que usted conoce. Tengo mis rentas en Londres, en Carlsbad, en Baden, en Bath y en Spa. ¿No es esta la más brillante de las industrias?

»—Ciertamente.

»—Hace usted una esponja de mí ¡pardiez! y me anima usted á hincharme en medio del mundo, para comprimirme en los momentos de crisis; pero ustedes también son esponjas, y la muerte les comprimirá.

»—Es posible.

»—Sin los disipadores, ¿qué sería de usted? Entre los dos formamos un cuerpo y un alma.

»—Cabal.

»—Vamos, un apretón de manos, mi viejo papá Gobseck, y sea usted magnánimo, si eso es cierto, cabal y posible.

»—Viene usted á mí—respondió fríamente el usurero,—porque Girard, Palma, Werbrust y Gigonnet tienen la barriga llena de letras de cambio de usted, las que ofrecen á todo el mundo á un cincuenta por ciento de pérdida; así es que, como no han podido sacar más que la mitad de su valor, que, como no han podido sacar más que la mitad de su valor, no valen ni el veinticinco. ¿Puedo, pues, en conciencia—dijo Gobseck continuando—prestar ni un solo óbolo á un hombre que debe treinta mil francos y que no tiene un céntimo? Anteayer, en el baile de casa del barón de Nucingen perdió usted diez mil francos.

»—Señor—respondió el conde midiendo al anciano de arriba á abajo con rara desverguenza,—mis asuntos no le